

La hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot: respuesta a la posmodernidad

NORA MARÍA MATAMOROS FRANCO

Recientemente, Mauricio Beuchot ha propuesto una hermenéutica analógica que, en tiempos de la llamada *posmodernidad*, resulta por demás sugerente y oportuna. La hermenéutica, todos lo sabemos, se define como el arte o ciencia de la interpretación¹ y, hoy en día, ha cobrado una importancia alarmante. Mas la urgencia de la interpretación, del arte de interpretar, del encuentro con el método interpretativo por excelencia, impone la necesidad de saber a qué viene toda esa alharaca interpretativa. ¿Por qué urge hacer y estar en la hermenéutica? ¿Por qué, además, una hermenéutica analógica?

Hermenéutica, porque se interpreta lo ajeno, lo extraño, lo que, de algún modo, es inaccesible, distinto, distante, lejano. Se interpreta, así, algo que parece ser un símbolo, una señal, algo que desde su literalidad, su textualidad, no logra alcanzarnos. Se interpreta algo que, ante nuestros ojos, guarda silencio y, al mismo tiempo, aparece como un hablar, como un discurso, como un decir con ciertos fines, como una intención que no logra ser del todo comprendida, recibida. Se interpreta, pues, aquello que a primera vista se asemeja a un mudo que gesticula, se mueve y “habla”, pero que, pese a todo, no alcanza a comunicarse, a decir lo que *quiere* decir, lo que *tiene* que decir.

El texto, el discurso, el decir que busca interpretarse, comprenderse, parece así un ser vivo. De su ser entero, de su esencia, de su pulpa, se impone su *verbo*, es decir, su hacer, su actuar que, a su vez, se revela como un querer decir. El texto, por consiguiente, guarda en su núcleo un mensaje, un comunicado, una palabra (verbo). Pero,

esa palabra, ese hacer que es un decir, es un misterio, un nudo, algo por comprender, algo a lo cual se quiere tener acceso. Así las cosas, cabe preguntar: ¿cómo logra el hacer (verbo) del texto, en su lejanía, revelarse como mensaje? ¿Es decir, cómo se logra descubrir que aquello que aparece es un decir, un comunicado? Dicho de otra forma, ¿qué de eso que se presenta nos revela o nos da a conocer su intención, su carácter último, definitivo? Esto es, ¿qué nos permite saber que ese hacer (verbo) es un decir, es palabra (verbo)? La respuesta es sencilla. El hacer (verbo) aparece como un decir (verbo) precisamente porque se desenvuelve como lenguaje (*logos*), es decir como una articulación, como una pronunciación, como un proferir, como un echar fuera, como un declarar o enseñar, como un mostrar que representa y que, como tal, está en lugar de eso a lo cual alude e intenta descubrir; en fin, como una manera de hablar. “La lengua es una realización del *lenguaje* que consiste en la facultad de simbolizar, es decir, de *representar* lo real por un signo y de comprender ese signo como representante de lo real.”²

Con todo, el mensaje considerado como una manera de hablar, como una pronunciación, como un proferir, como un echar fuera, es, a fin de cuentas, simple representante o símbolo de algo más profundo y lejano que guarda silencio, que no logra pronunciarse. Por ello, todo mensaje debe ser comprendido, interpretado, penetrado, alcanzado. La comprensión del mensaje abre, así, un problema, pues nos coloca frente a algo que debe ser resuelto. De allí la necesaria intervención y ejercicio de la hermenéutica, del arte de la comprensión, de la interpretación.

Mas, según señala Aristóteles, “el hombre es el único animal que posee el lenguaje (*logos*)”.³ ¿Es, pues, la hermenéutica una ciencia, un arte⁴ del hombre y para el hombre únicamente? Si es verdad que el hombre es quien posee exclusivamente el poder de enlazar, de unir, de engazar, de trabar una cosa con otra formando cadena, de insertar, de arreglar, la respuesta a la pregunta arriba formulada debe ser rotundamente positiva. Con todo, según opinó Heráclito antes que Aristóteles, “una sola cosa es lo sabio, conocer el *logos*, por el cual todas las cosas son gobernadas por medio de todas”.⁵

La revelación de la vida, el movimiento, lleva al que lo observa a la evidencia de estar frente a un decir, esto es frente a un hacer (verbo) que habla (verbo). En efecto, la vida en cuanto es movimiento aparece como *articulación*, como enlace, como unión, como engarce, como trabazón de una cosa con otra formando una cadena; es decir, como un todo coherente y armónico; en fin, como arreglo o *Kosmos*.⁶ La vida, por consiguiente, se presenta como lenguaje (*logos*⁷) y, más propiamente hablando, como mensaje. Por ello, se busca entender, explicar, mostrar, sacar, hacer público ese decir que se impone y, al mismo tiempo, se escapa. Interpretar, descifrar, desentrañar el sentido oculto del mundo, de la vida (que es lenguaje, según hemos visto), está, pues, en el origen de toda palabra (verbo), de toda reflexión, de toda filosofía (querer saber), de toda metafísica. Por consiguiente, el *logos*, el decir, el lenguaje del ser humano busca —al representarlo,

³ Aristóteles, *Política*, I, 2, 1253a 10, Gredos, Madrid, 1988, 250 pp.

⁴ Cfr. Mauricio Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, pp. 13 y 14.

⁵ Cf. Heráclito, fragmento 41 (de Diógenes Laercio, IX, 1), en Rodolfo Mondolfo, *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación*, trad. de Oberdan Caletti, Siglo XXI, México, 1971, p. 35.

⁶ Para una más exhaustiva investigación del término, en la cual se fundamenta el significado que aquí se le atribuye, cfr. Julia Kerschensteiner, *Kosmos, Quellenkritische Untersuchungen zu den Vorsokratikern*, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung (Zetemata. Monographien zur Klassischen Altertumswissenschaft, Heft 30), Munich, 1972, 245 pp.

⁷ Aquí radica, según puedo ver, la acepción según la cual *λόγος* significa ley u orden.

¹ Cfr. Mauricio Beuchot, *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, UNAM, México, 1998, p. 5, y *Tratado de hermenéutica analógica*, UNAM, México, 1997, p. 11.

² Cfr. “Cultura (y lengua, lenguaje)”, en Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, Porrúa, México, 1997.

al simbolizarlo—mostrar, sacar, hacer público el *logos* del *Kosmos* que, según entendemos, es el modo en que se reúne la serie de acontecimientos o sucesos que es la vida, el mundo, la naturaleza toda.

No obstante, en tanto *lenguaje*, el decir del *Kosmos* es también mero representante de algo más profundo que quiere hacerse público, mostrarse, pronunciarse.



Demián Flores Cortés

Por ello, no basta con escuchar o atender; es decir, ver el mundo en su manifestación. También hace falta comprender, descifrar, interpretar el lenguaje de esa manifestación para entender aquello que quiere decir, mostrar. Hace falta, pues, tener acceso a aquello que el lenguaje, en tanto representante, deja oculto pero, al mismo tiempo, señala. Dicho de otra forma, lo visible, lo accesible a primera vista —los hechos, los acontecimientos, las cosas tal y como se suceden—, no es lo que el *Kosmos* dice; es decir, ello no es su verdadero mensaje. Antes bien, tan sólo son representantes de algo más: a saber, del *logos* (ley) que las articula y las lleva a presentarse, sucederse, encontrarse tal como lo hacen. El mundo es, así, una alegoría, un símbolo ingente, un hablar sobre algo profundo y silencioso que no alcanza a ser totalmente dicho, totalmente abarcado. Luego, la tarea del

ser humano, animal del *logos* (lenguaje) es comprender y comunicar aquello de lo cual la naturaleza, el mundo, es mensaje.

Pero la hermenéutica (la comprensión, la interpretación) tiene que ser analógica, no unívoca ni equívoca. En efecto: ¿realmente está capacitado el hombre para realizar esta tarea interpretativa Dicho de otra forma, ¿es tan poderoso el *logos*

del hombre para nombrar, reportar, conseguir, alcanzar, traer, transportar, informar sobre el mensaje que la naturaleza ofrece en su devenir? Dos posturas son, en general, las más conocidas y defendidas —con sus matices y variantes— a lo largo de la historia de la filosofía. La una se inclina entusiasta por el sí. La otra lo niega rotundamente. Son el univocismo y el equívocismo.

Gorgias de Leontini y —a reserva de que una investigación más amplia lo justifique plenamente— los sofistas, maestros de la palabra⁸ (Protágoras, Hipias, Pródico y Trasímaco),⁹ apoyan la segunda.¹⁰ Platón y

Aristóteles, Tomás de Aquino —y otros que no es pertinente por el momento mencionar—, la primera.

Por los fragmentos de Gorgias que hoy en día se conservan sabemos que “dispone en orden tres cosas capitales: una y primera, que nada existe; segunda, que aunque exista, es incomprensible para el hombre, y tercera, que aunque sea comprensible, ciertamente es incommunicable e inexplicable al vecino”.¹¹ No nos detendremos a exponer una a una las razones que Gorgias aduce para apoyar las conclusiones arriba señaladas. Presentaremos tan sólo los argumentos que ofrece a favor de la tercera sentencia, que es la que se encuentra en estrecha relación con nuestro tema.

La palabra es con lo que declaramos, pero la palabra no es sustancias y seres; por tanto, no declaramos a los vecinos los seres, sino la palabra, que es distinta de las sustancias. Pues así como lo visible no podría llegar a ser audible y viceversa, así el ser, ya que subsiste fuera, no podría llegar a ser la palabra nuestra. Y no siendo la palabra, no podría ser mostrado al otro. Porque la palabra nos resulta de los hechos acaecidos fuera, esto es, de los sensibles; pues del encuentro del sabor se origina en nosotros la palabra pronunciada tocante a esa cualidad, y del deslizamiento del color, lo tocante al color. Y si esto es así, no es la palabra la que explica lo de fuera, sino que lo de fuera se hace significativo a la palabra. Y ciertamente tampoco es posible decir que de la manera como subsiste lo visible y lo audible, así también la palabra, de manera que sea posible, por su sustancia y ser, significa las sustancias y seres. Porque, aunque subsiste la palabra, sin embargo, difiere de las demás sustancias, y principalmente difieren de las palabras las cosas visibles; pues mediante un órgano es palpable lo visible y mediante otro la palabra. Por tan-

⁸ Cfr. Jacqueline de Romilly, *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles. Una enseñanza nueva que desarrolló el arte de razonar*, trad. de Pilar Giralt Gorina, Seix Barral, España, 1997, p. 17.

⁹ Es cierto que a esta lista pueden agregarse los nombres de algunos otros personajes entre los que destacan Antifón, Critias, Eutidemo y Dionisodoro. Con todo, estos sofistas no fueron tan eminentes como los primeros maestros que acabo de nombrar. (Cfr. Jacqueline de Romilly, *op. cit.*, p. 18.)

¹⁰ No es nuestra tarea responder aquí quién era y qué pensaba esa gente a la cual hoy en día llamamos sofistas. Tampoco habremos de explicar cómo y por qué la palabra adquirió un matiz peyorativo. Mucho menos habremos de comprometernos con dilucidar si tal matiz le corresponde legítimamente. Eso rebasaría con mucho los límites de esta breve exposición de la hermenéutica analógico-icónica de Mauricio Beuchot. Nos referiremos, pues, a estos autores tan sólo en el entendido de que consideraron que el lenguaje humano era incapaz de referir nada de aquello de lo cual el mundo es alegoría.

¹¹ Gorgias, *Fragmentos*, introd., trad. y notas de Pedro C. Tapia Zúñiga, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1980, p. 1.

to, la palabra no muestra la gran parte de las sustancias, como tampoco éstas manifiestan la naturaleza de unas y otras.¹²

No está de más señalar que, en el decir de Gorgias, hay una atinada aseveración, a saber: "la palabra no es sustancias y seres; por tanto, no declaramos a los vecinos los seres, sino la palabra". En efecto, si, como hemos dicho, la palabra, la lengua, es un mero representante de lo que invoca, la afirmación de Gorgias no es del todo reprochable ni descabellada. El problema surge cuando, en función de la innegable distinción que entre ser y lenguaje puede (y, en un sentido muy importante, es inevitable) hacerse, se niega además la posibilidad de referir, relatar, correlacionar, proporcionar lenguaje y ser.

Una convicción muy arraigada en mí es la de que, de una u otra forma, la historia de la filosofía se define por aquella distinción y esta correlación y proporción, y se funda en ella. Con todo, no es aquí el lugar ni el momento donde habré de justificar y explicar tal apreciación. Antes bien, tan sólo diré que entre una y otra se teje y configura el quehacer filosófico de uno de los más grandes pilares de la historia del pensamiento occidental: Anaximandro. En efecto, es éste el primero, del que tenemos memoria, que se atreve a correlacionar lenguaje y ser respetuosamente, humildemente. Es decir, en Anaximandro se hace más que evidente el poder de la lengua como un representar que invoca y evoca, que refiere y narra siempre con límites que, no obstante, alcanzan a tocar, a describir y mostrar el ser.

Anaximandro llamó *indeterminado*, es decir vago, versátil, abstracto, irresuelto, indispuerto, por decidirse, sin límites,¹³ aquello que gobierna el devenir del mundo y la naturaleza toda. Es decir, para Anaximandro, el *logos* (ley, lenguaje) del *Kosmos* es algo que se revela majestuosamente como un gran misterio y, como tal, lo nombra, lo describe, lo descubre,

lo muestra. Dicho de otra forma, a mi juicio, cuando Anaximandro nombra *tò ápeiron* el origen de todas las cosas, logra referir, declarar, pronunciar, mostrar, hacer público, echar fuera aquello que con su decir, con su hablar, intenta representar. En resumidas cuentas, no obstante el hecho de que la palabra no es sustancias y seres, Anaximandro logra con la palabra declarar el ser, mostrar el ser. Con todo, aunque al nombrarlo lo descubre, también lo respeta; acepta que sólo puede referirlo como lo que es: un majestuoso e insondable misterio.¹⁴ Pero algunos tuvieron miedo de ese gran laberinto, de ese hoyo negro. Son los que optaron por la univocidad como Parménides y Zenón, Platón y los neoplatónicos.

Por eso hay que acudir a la analogía. La analogía es la mediación entre lo unívoco y lo equívoco. Es la opción de Aristóteles. Así, una hermenéutica analógica, como la de Mauricio Beuchot, sigue de nuevo el cauce aristotélico y abre el ámbito de las interpretaciones posibles y válidas más allá de la única verdad textual que permite el univocismo, pero sin creer en el sinnúmero de interpreta-

ciones que valen en el equivocismo. La hermenéutica analógica evita tanto el reduccionismo como el relativismo, adoptando un pequeño conjunto de interpretaciones válidas, pero jerarquizadas según su acercamiento o distanciamiento de la verdad textual. Y esto es lo que necesitamos ahora: una hermenéutica que evite la cerrazón del racionalismo y, al mismo tiempo, la apertura caótica de muchos posmodernos. Necesitamos una hermenéutica que nos permita "tomar partido" con el fin de encontrarnos en la mejor posición para, de una buena vez, después de tanto tiempo de temor al juicio, a la toma de posición, hacernos conscientes de la innegable necesidad de dar respuesta, verdadera respuesta, a los graves problemas que siempre han aquejado a la humanidad. La destinación del hombre no puede reducirse a una mera cuestión de "gustos" o de validez (mera cuestión de coherencia). Se trata de la vida y a ésta hay que defenderla del caos de lo relativo y de la intransigencia de lo unívoco. Hace falta, pues, una hermenéutica analógica que concilie ambos extremos y restaure la seguridad de hablar, de tomar postura, de decidir y de hacer el futuro. ♦

¹⁴ El misterio del ser se vive por experiencia directa, pero igualmente resulta enigmático, huido. La percepción del ser no es, pues, un fenómeno cotidiano, una sublimación o un capricho de la imaginación. Ciertamente, es un fenómeno sui generis, inefable. Precisamente por ello se lo llama "indeterminado". Así es como se proyecta. La experiencia que lo capta lo descubre como algo incapaz de ser contenido, apresado, como algo que no tiene límites porque se extiende majestuosamente por doquier, dominando, abarcándolo todo. El decir de Anaximandro refiere así el fenómeno, dejándolo libre en su acontecer. No obstante, lo hace público, lo muestra, lo denota como es. El lenguaje, así, alcanza al ser en su misterio sin intentar usurpar nunca su lugar. Aspira, tan sólo, a pronunciarlo.

¹² *Ibid.*

¹³ De allí que, para algunos, también tenga que ver con lo infinito.



Demian Flores Cortés